



JOSÉ MARÍA ZAVALA
GRANDES
MISTERIOS
Y LEYENDAS
DE ESPAÑA

PLAZA  JANES

JOSÉ MARÍA ZAVALA

Grandes misterios y leyendas de España

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

El historiador es un profeta que mira hacia atrás.

KARL WILHELM FRIEDRICH SCHLEGEL

Prólogo

He tenido ocasión de escribir más de una vez sobre José María Zavala. Por mucho que irrite a algunos, se trata de un historiador riguroso al que complace caminar por las páginas enmascaradas de la historia. Acierta casi siempre en la busca del tiempo perdido.

No es un filósofo de la historia como Toynbee, Spengler o Huizinga. Tampoco un historiador académico, sujeto a los convencionalismos de la profesión. Desentraña la Historia con rigor y plantea al lector la reflexión sobre incógnitas de especial interés. Ha escrito una veintena de libros y, entre ellos, varias biografías sagaces sobre personajes de cristal.

José María Zavala me desveló la relación entre Federico García Lorca y José Antonio Primo de Rivera, víctimas ambos de la guerra incivil. Su sagacidad para el juicio crítico quedó robustecida en *Infantas*, el libro en el que retrató a una veintena de hijas de los reyes de España.

Ajeno a prejuicios y descalificaciones, el historiador se adentró con *La pasión de José Antonio* en un personaje polémico y admirado. En *Bastardos y Borbones*, relata las realidades históricas y también los bulos, maledicencias y calumnias sobre la dinastía que desde el año 1700 reina en España. Lo hace con nervio periodístico y frialdad científica de historiador.

Zavala ha sabido adentrarse en el mundo religioso con un libro sobre el padre Pío y otro sobre los milagros de Fátima. A Alfonso de Borbón Dampierre lo disecciona en *El Borbón non grato* y al hijo mayor de Alfonso XIII y príncipe de Asturias lo desvela psicológicamente en *El Borbón de cristal*.

Tuvo el acierto Zavala de radiografiar al hermano del dictador. Su libro sobre Ramón, *Franco el republicano*, no tiene desperdicio. Tampoco lo tiene su estudio sobre el dinero de Alfonso XIII en el exilio, aunque se deslicen algunos errores.

En *Grandes misterios y leyendas de España* vibra de nuevo el historiador riguroso, con alma de periodista, que es José María Zavala. El autor ha sabido agavillar una setentena de incógnitas sobre acontecimientos que afectaron al pueblo español y que aborda con documentos nuevos, serenidad imperturbable y profundo sentido de lo que tiene interés hoy.

El lector se quedará asombrado por la exposición de Zavala sobre el descubrimiento de América, la enfermedad y muerte de Alfonso XII, el fin de Isabel la Católica, las horas atroces de la reina Victoria Eugenia, las maldiciones de los primos de Alfonso XIII, fusilados el 1 de noviembre de 1936, al costado de Ramiro de Maeztu, el enigma de Garabandal, la muerte de Manolete, la autopsia de Cristóbal Colón, el fallecimiento de Durruti, el verdadero padre de Eulalia de Borbón, los atentados contra Juan Carlos I y tantos otros asuntos que convierten este libro en un apasio-

nante relato que mantendrá en vilo al lector desde el principio hasta fin.

Capítulo aparte para un Quevedo, que participó en el complot para derribar a la República veneciana, y un Cervantes, según Zavala, perseguido de casa en casa. Logró escapar de la persecución disfrazado de pordiosero.

José María Zavala, en fin, acredita en este libro, una vez más, su calidad de historiador riguroso que sabe elegir y desentrañar pasajes de especial interés en la larga historia de la nación española.

LUIS MARÍA ANSON
de la Real Academia Española

1

La increíble historia del falso inca

FECHA: 1657. Pedro Bohórquez demostró su inigualable labia, siendo capaz de embaucar al mismísimo virrey para realizar una expedición al fantástico reino de Paititi, donde aseguró que había oro.

LUGAR: PERÚ. Se hizo pasar ante los indios calchaquíes por el último descendiente de los emperadores incas, ofreciéndose a comandarles en una terrible guerra contra la Corona de España.

ANÉCDOTA: Por toda la región se proclamaba el nombre del Inca Hualpa y no había un solo varón que no anhelara empuñar un arma contra los hombres blancos.

La increíble historia que vamos a relatar sucedió en la localidad de Pomán, Virreinato del Perú, en julio de 1657.

El gobernador se reunió con un aventurero andaluz a quien los indígenas acababan de coronar como su Inca o líder supremo. Todos iban ataviados con sus mejores galas. Los españoles, a caballo, entre un cortejo de hidalgos, clérigos y soldados; y el aventurero, portado en una litera de oro y rodeado por una docena de caciques que le rendían pleitesía.

Aquel trotamundos que se hacía llamar «Inca Hualpa» aseguró a las autoridades coloniales que, si le garantizaban su reconocimiento como monarca, convertiría a los indígenas al cristianismo. Y por si fuera poco, éstos debían re-

velarle antes la ubicación de sus inagotables yacimientos de oro.

El gobernador quedó satisfecho con sus palabras y le dio el tratamiento de capitán general. Una semana entera de festejos se celebró en su honor.

¿Cómo logró aquel sujeto tan poco fiable ser encumbreado de semejante forma? Eso es precisamente lo que vamos a descubrir. Se trata de la historia de un disparatado pícaro cuya vida hubiera inspirado a su anónimo autor, de haberla conocido, *El Lazarillo de Tormes*. Una grandiosa historia que alcanzó incluso ribetes de leyenda. Aludimos, naturalmente, a la vida exagerada de nuestro protagonista Pedro Bohórquez.

Llamado en realidad Pedro Chamijo, había nacido en Sevilla. Cruzó el océano con dieciocho años para hacer las Américas. Su periplo en el Nuevo Continente fue de lo más azaroso. Probó suerte en distintos oficios, pero eran demasiado humildes para él y enseguida colmaron su paciencia y ambición.

Por eso viajó a la ciudad más opulenta del mundo entonces: Potosí, el emporio donde se concentraba la mayor parte de la fortuna del Virreinato del Perú. Acudían allí muchos españoles para reclamar su parte del botín. Entre ellos, cómo no, Pedro Chamijo.

Aunque tampoco logró prosperar allí, al menos pudo apropiarse del apellido de un clérigo con el que hizo buenas migas. Chamijo cambió así su apellido por el de Bohórquez. Y con su nueva identidad se instaló en Lima para intentar medrar en las más altas esferas.

Demostó desde el principio su inigualable labia, siendo capaz de embaucar al mismísimo virrey para realizar una expedición al fantasioso Reino de Paititi, donde aseguró que existían yacimientos de oro y otros preciados tesoros. Pero la expedición resultó ser un fiasco y Bohórquez debió poner pies en polvorosa.

Capturado finalmente, fue conducido a la penitenciaría en el extremo sur de Chile, de donde logró escapar y cruzar después la cordillera de los Andes para establecerse en la provincia de Tucumán, en el límite del Virreinato peruano.

A esas alturas, Bohórquez era un estafador profesional cuya vida se había convertido en una permanente huida.

En aquella remota región, los españoles se hallaban en situación muy precaria. Su inferioridad era manifiesta ante la abrumadora presencia de los indómitos indios calchaquíes, al borde siempre de la rebelión. Y un hombre tan ladino como Bohórquez supo vislumbrar la gran ocasión de su existencia; una hazaña tan épica, que sólo cabía en la imaginación de un enajenado.

Contactó enseguida con los calchaquíes, haciéndose pasar nada menos que por el último descendiente de los emperadores incas. Y se ofreció a comandarles en una guerra de liberación contra la Corona de España. La realidad, en su caso, constituye un digno ejemplo de cómo supera con creces a la ficción.

Bohórquez era justo el caudillo que los indios necesitaban; un general clarividente capaz de conducirlos hasta el triunfo.

Cuando el loco aventurero consideró que el fuego de la insurrección había prendido lo suficiente, sus huestes resolvieron dar el golpe decisivo. Entretanto, por los valles de la región se proclamaba a voz en grito el nombre del Inca Hualpa y no había un solo varón en ellos que no anhelara empuñar un arma para acabar con los hombres blancos y barbudos, cuyas corazas les evocaban a cangrejos de hierro.

Los humos dieron la señal de guerra. Un ejército de energúmenos tomó entonces al asalto y saqueó poblados y misiones enteros con las puntas de sus flechas empapadas en cicuta.

Pero sucedió algo imprevisto que dio al traste con la victoria final: transformado en un demente homicida, el falso inca ordenó atacar sin piedad hasta el último reducto enemigo, confiado en su falta de munición.

Los calchaquíes se lanzaron así a la carga como bestias inmundas, pero un fuego inesperado les desarboló por completo. Sólo unos pocos pudieron huir. Pedro Bohórquez fue apresado, enviado a Lima y ejecutado al garrote.

LA LEYENDA DEL GRAN PAITITI

Con la llegada de los conquistadores, los incas supieron que el Imperio del Sol tenía los días contados. Su capital iba a caer de forma inminente, así que su élite decidió escapar hacia la selva. Se trasladarían hasta sus profundidades transportando toneladas de oro y magníficos tesoros, y fundarían una ciudad llamada Paititi, gemela de Cuzco,

donde se mantendrían aislados hasta que el orden del universo fuese restituido. En ese feudo secreto, las riquezas serían custodiadas por una misteriosa tribu de gigantes supervivientes de una antiquísima civilización.

Para los escépticos, el reino perdido de Paititi no es más que una fantasía de imaginaciones calenturientas, un simple refugio psicológico de los incas para superar la frustración de su derrota. Sin embargo, su leyenda ha sido cantada por grandes poetas, como Garcilaso de la Vega. Y hay muchos otros que no descartan todavía su existencia real, aunque aún no haya sido encontrado.

2

La banda criminal de la Garduña

FECHA: 1821. Siguiendo el rastro de una joven secuestrada, la policía irrumpió en una casa sevillana hallando el cadáver de la víctima y un libro sobre una sociedad criminal.

LUGAR: SEVILLA. La Garduña fue, supuestamente, la sociedad secreta española más poderosa de todos los tiempos, comparable a la temible Mafia italiana, que actuaba en nombre de la Inquisición.

ANÉCDOTA: Avalada por estudiosos, la fama de la Garduña llegó a ser tal que la Guardia Civil calificó a la banda como «peligrosísima asociación de delincuentes» en 1914.

Sevilla, agosto de 1821. Siguiendo el rastro de una joven secuestrada, la policía irrumpió en la residencia de un conocido personaje de la sociedad hispalense.

Allí, además del cadáver de la infortunada, los agentes hallaron un libro donde se relataba la asombrosa historia de una sociedad secreta y criminal con un poder omnímodo. Aludimos a la Garduña, palabra cuya sola mención evoca todavía hoy algunos de los más horribles crímenes cometidos en España durante siglos.

Su propio nombre, desde luego, inspirado en el del animal depredador nocturno de excelente vista, oído y olfato, habla ya por sí solo.

El dueño de la casa fue detenido de inmediato. Se llamaba Francisco Cortina y resultó ser el jefe de la banda. Tras un largo e intenso juicio, durante el cual se esgrimió el manuscrito como principal prueba acusatoria, numerosos miembros del grupo fueron ejecutados sin miramientos en una plaza pública de la ciudad.

Lamentablemente, un sospechoso incendio en la Audiencia de Sevilla destruyó el libro más tarde. Así al menos lo afirmaba el hombre que supuestamente dirigió todo aquel dispositivo policial: el oficial de cazadores Manuel de Cuen-días.

La Garduña fue, supuestamente, la sociedad secreta española más poderosa de todos los tiempos, tal vez sólo comparable a la temible Mafia italiana. Habría sido fundada en Toledo hacia 1412, tras reunir en sus filas a diversas bandas de delincuentes que actuaban por su cuenta y riesgo.

Desde entonces, todas ellas formaron una sola organización dedicada exclusivamente a atacar y robar a judíos y musulmanes. Su pretexto moral era luchar contra la herejía, por lo que se autoproclamaban como el brazo armado de la misma Inquisición.

Según cuentan los defensores de la existencia de esta banda, la Garduña se organizó igual que una logia, en cuya cúspide había un gran maestro. Un personaje de relevancia social a salvo de toda sospecha y al frente de un numeroso grupo de malhechores clasificados en escalafones de una férrea jerarquía: capataces, asesinos, ladrones y colaboradores. La única forma de reconocerse entre ellos eran los

tres puntos que cada uno llevaba tatuados en la palma de la mano.

La siniestra agrupación creció con rapidez durante las décadas siguientes, hasta afianzarse con una sólida estructura en diversas ciudades españolas. Actuaba de manera implacable y casi con total impunidad, pues entre sus afiliados se contaban jueces, alcaldes, directores de prisión y hasta altos dignatarios del Santo Oficio.

A mediados del siglo XVI, esta mafia ibérica sentó sus reales en Sevilla, la metrópoli más rica entonces del mundo occidental gracias al oro y la plata que llegaban a espaldas desde las remotas Indias. Y allí siguió actuando precisamente hasta 1821, cuando se produjo la gran redada que la desarticuló para siempre.

La historia de la Garduña se había considerado verdadera hasta hace poco. Avalada por estudiosos de prestigio, figuraba en las enciclopedias más rigurosas. La fama de la Garduña llegó a ser tal, que incluso la Guardia Civil calificó a la banda como «peligrosísima asociación de delincuentes» en 1914.

Pero, aun así, no existe hoy una sola fuente documental que confirme su existencia. Contamos únicamente con el testimonio de Manuel de Cuendias, el presunto oficial de cazadores que detuvo al Gran Maestro de la hermandad en Sevilla. Pero ¿sabemos en realidad quién fue este hombre?

Como averiguó en su día el acreditado antropólogo y folclorista Julio Caro Baroja, Cuendias era un exiliado liberal que sobrevivió en Francia impartiendo clases de idiomas. Obligado a huir de España durante el reinado absolutista